

SEGUNDA PARTE

I

EL TOCADO DEL SEÑOR DE GRAVILLE

Maese Aníbal Cola era paisano y hasta un poco pariente de Tarchino, el espadachín que componía sonetos y mataba impunemente á los caballeros empleando su famosa estocada traidora á la napolitana. Pero mientras que el desalmado Tarchino se había dedicado al ejercicio de las armas, Aníbal Cola prefería dedicarse á las ciencias y artes de la paz. Los dos juntos salieron de su bella patria, Nápoles, Vicencio con su estoque á manera de puñal, y Aníbal con su estuche de barbero y sus instrumentos de cirujano; Tarchino había conseguido cambiar su cuchillo por una espada, pero Aníbal no supo hacer fortuna ni prosperar, pues desempeñaba aún el empleo de barbero, peluquero y ministrante del señor conde de la Marche.

No hay quien en el transcurso de su vida no haya tropezado más de una vez con alguno de esos tipos de charlatán italiano; puede decirse de ellos que reúnen la hermosura viril en todo su esplendor, destinada á encubrir un alma ligera, versátil y miserable.

Aníbal Cola era un bribón grave y majestuoso con todo el exterior de un hombre de bien.

Este saltimbanqui poseía una barba preciosa, una mirada severa y dulce á la vez, un talle noble y una voz armoniosa y varonil. Olivier de Gravelle, conde de la Marche, le pagaba á peso de oro, pero no méjor de lo que debía, puesto que ni en toda la Italia, tan fértil en belitres bien plantados, hubiera podido hallar un pillo de mejor apariencia.

Merced á él, Mosén Olivier permanecía hecho un mozalbete, aunque frisaba ya en los cincuenta años. No se distinguía una arruga en su frente, ni una cana en sus cabellos negros, así como tampoco en su barba brillante, rizada y sedosa. Manteníase fresco, ágil, y su cutis era tan transparente como el de una hermosa dama.

Y todo eso debía á que maese Aníbal Cola conocía los secretos cosméticos orientales y tenía el arte de saber preparar unas combinaciones más eficaces que el agua pura de las corrientes del Jordán.

Había inventado, en particular, un baño que denominaba pomposamente de Ganimedes, que con esta invocación mitológica remozaba en diez años á todo el que en él se zambullera.

Las estufas y bañeras del palacio de la Marche ocupaban una espaciosa sala adornada con arabescos, según modelo traído de las regiones de Oriente; sabida es la magnificencia que suelen desplegar los sectarios del Corán en todo lo que concierne á sus abluciones secretas. Tres piscinas extendíanse á lo largo de la sala, y las tres eran de pórvido encarnado, con preciosos grifos cubiertos de jaspe. Dos braseros invisibles templaban ó calentaban el agua por medio de una comunicación cubierta con arte, merced á la cual se mantenía inalterable una temperatura tibia y deliciosa; otros conductos

llenos de microscópicos filtradores lanzaban tenues celajes de un humo azulado que se perdía en espirales en la bóveda adornada de pinturas; eran perfumes de mirto de Armenia é inciensos de la Arabia feliz, combinados con el humo de áloe de Africa y del sándalo purpurino que produce la ambrosía.

Todos esos perfumes no hacían más que cruzar sin detenerse, pues en lo alto del techo se abrían orificios que renovaban el aire, devolviéndole su pureza.

Las paredes, de arriba abajo, estaban cubiertas de mármoles de todos colores que ofrecían una rica variedad de dibujos y mosaicos de inapreciable mérito, pero cuya llamativa viveza era mitigada por la extremada suavidad de la luz, que penetraba á través de las vidrieras de colores.

Esa espléndida magnificencia no se conoce hoy día, y sólo por los libros podemos formarnos una idea de lo que llegaron á ser las maravillosas estufas de la Edad Media, restos de las sensuales termas del Bajo Imperio.

Cuando Blanca de Armagnac empezó á disponerse para la fiesta en casa de la Amapola, hacía mucho tiempo ya que Olivier de Graville se hallaba dedicado á la misma tarea en su castillo. El tocador del flamante conde, no hay que olvidarlo, era cosa mucho más larga y complicada que el de la dama más melindrosa y presumida. Para llevar á cabo esta difícil operación, no sólo tenía á su servicio al gran personaje Anibal Cola, sino que le eran indispensables también sus pajes, lacayos, guardarroperos, chambelanes, familiares y bañeros.

El agua caliente saltaba por los conductos de jaspe, los perfumes subían confundiéndose en la bóveda, los bañeros estaban en sus sitios respectivos, acreditando su habilidad en el arte de levan-

tar el agua con las manos y devolver la flexibilidad á los miembros y articulaciones fatigados. Medio acostado en un canapé, y teniendo en la mano un espejito de Venecia, el apuesto señor de Graville entregó después su preciosa cabeza á los artísticos cuidados de maese Anibal Cola, asistido de dos de sus más distinguidos subalternos.

Maese Anibal, vestido de gran gala, con un birrete en la cabeza, pues se tenía por doctor, y su grave toga magistral, revisaba y ordenaba uno á uno todos los cabellos de su señor, mientras los otros artistas hacían otro tanto con la barba.

—Yo me vi ayer una cana—decía Graville con aire pesaroso,—estoy cierto de ello, y ya sabéis cuáles son nuestros tratos. Para vos ese cabello blanco equivale á cinco años de servicio, pues por Pascua de Pentecostés del año ochenta y cinco me garantizasteis la cabellera por dos lustros completos, de los cuales hoy á esta hora no ha transcurrido más que uno.

—Yo garanticé la cabellera de mi noble dueño—respondió con gravedad el napolitano,—pero no su vista. Muchas veces creemos ver lo que tememos, y mi noble amo teme mucho la aparición del primer hilo de plata en su cabeza y de la primera arruga en su frente.

Irguióse con petulancia, y añadió:

—Yo, que nada temo, porque conozco el poder de mi ciencia, busco con afán esa pretendida cana y no la encuentro.

Efectivamente, el cabello en cuestión hallábase preso entre unas pincitas de oro que el italiano tenía entre los dedos con el mayor desembarazo. Todo el secreto de su ciencia consistía en pinzar con tanta maña la cabeza del conde de la Marche, que este poderoso señor no llegara á notar que le arrancaban un pelo.

El conde levantó su espejito para mirar escrupulosamente el bucle donde poco ha brillaba un hilo plateado.

—Ya no lo encuentro—murmuró.—Este diablo de hombre va á hacerme creer en la magia.

—Tened solamente confianza en vuestro servidor, mi noble dueño—dijo en tono melifluo y compungido el napolitano,—y no temáis las injurias del tiempo, que irá resbalando por vuestra privilegiada frente como el agua del chubasco resbala por la frente de las estatuas de mármol de los jardines.

A una señal suya uno de los lacayos bañeros apretó un botón de cristal que sobresalía en un mosaico de los de la pared, y el principal conducto de jaspe empezó á vomitar instantáneamente chorros de un líquido blanquecino, del cual se escapaban densos y tupidos vapores.

Un olor penetrante invadió toda la estufa; era el baño de Ganimedes que iba llenando la piscina.

Cuatro criados arrastraron el canapé en que estaba echado Olivier, conduciéndole hasta la pila de pórfido, junto á la cual los bañeros se apoderaron de la persona del conde. Aníbal Cola tomó la precaución de pronunciar sobre el agua vaporosa algunas palabras de mucha virtud, pero que nadie pudo comprender. Nosotros nos inclinamos á creer que él mismo no las entendió tampoco.

Acto continuo el señor conde fué sumergido en las salutíferas ondas, permaneciendo en el baño unos diez ó doce minutos.

De qué se componía el baño de Ganimedes nos es imposible decirlo. Si poseyéramos el secreto de esta gloriosa combinación, merced á la cual Maese Aníbal Cola en sólo un cuarto de hora remozaba en diez años á los caballeros y también á las señoras, regalaríamos nuestra pluma á un pobre y nos haríamos millonarios.

La sangre subía al rostro de Olivier y las venas de su cuello se hinchaban bajo la influencia del vapor embriagador que le envolvía. A una segunda señal de maese Aníbal Cola oyóse un ligero rumor en lo alto de la bóveda, y al mismo tiempo empezó á caer una lluvia de gotas menudísimas de un agua helada, rociando copiosamente la encendida cabeza del conde de la Marche; su frente se inclinó, y en tanto que el líquido aromático corría á lo largo de sus cabellos y sus hombros, dibujábase en su semblante una expresión de dicha y bienestar.

Había llegado el momento crítico. Aníbal Cola describió en derredor de la piscina algunos pasos y ademanes bien trazados, y el conde cerró los ojos.

Una dulce y suave armonía oyóse al otro lado de los mármoles de la estufa.

Pasados dos minutos, los bañeros tomaron el cuerpo del conde, levantáronle á fuerza de brazos, sin que diera señal alguna de vida, y lo sumergieron un solo segundo en la otra piscina, que estaba llena de agua fría mezclada con alcohol.

Despertóse luego el conde y se mantuvo un momento en pie con sus propias fuerzas. Los lacayos bañeros, dirigidos por el gran Aníbal, cepilláronle entonces de arriba abajo con guantes de lana de perro, y en seguida se dirigió por sí mismo á una cama suntuosa, cuyos muelles orientales hicieron crujir uno por uno todos sus miembros.

Quando se levantó parecióle que se le había duplicado la vida y declaró que se hallaba fuerte como en los mejores años de su juventud.

La tarea de Aníbal Cola distaba mucho de estar terminada; pero era preciso que un principio de tocador precediera á los últimos y más refinados cuidados que merecía la cabellera y la barba de su señor. Abriéronse como por encanto dos puertas que conducían al espléndido retiro donde Olivier solía

pasar muchas horas reparando los ultrajes de los años.

—Así, así, hijos míos—decía el conde mientras echaban sobre sus hombros una finísima capa de lana;—esta es la ocasión en que tenéis que obrar maravillas. Quiero presentarme ante mi dama más hermoso que Adonis, más que Narciso y más que el pastor Paris. Cierrense herméticamente las puertas de mis habitaciones, y si algún importuno trata de penetrar aquí, arrójenle fuera aunque se presente en nombre del rey.

Así que hubo pronunciado estas palabras, oyéronse tres discretos golpecitos, precisamente en la puerta excusada de su mismo tocador. Un lacayo acudió con presteza para despedir al importuno.

El señor conde estaba entregado ya á las manos de los artistas, que debían ponerle más hermoso que Adonis, Narciso y Paris.

—Es urgente que yo vea á Monseñor ahora mismo—dijo la voz del recién llegado dirigiéndose á los lacayos.

—¡Al diablo!—gritó Olivier con esfuerzo;—si se trata de un negocio importante, ya podrá hablarme ese individuo la semana que viene, después de terminadas las fiestas.

—Decid á Monseñor—replicó la voz—que si no le hablo esta noche sin falta peligran sus más acariciados proyectos.

Graville envió á su espejito una prolongada mirada.

—Mi más acariciado proyecto—murmuró—es el de conquistar el corazón de la sin par Blanca de Armagnac.

Los lacayos dijeron por única contestación que la orden del conde era terminante; y á juzgar por las voces que daba por tercera vez el forastero, hubiérase dicho que se le obligaba á retirarse por fuerza.

—Decidle al menos mi nombre—exclamaba,—decidle que soy su leal Tarchino, que viene para una cuestión de vida ó muerte.

Graville oyó estas últimas palabras y se echó á reír, diciendo:

—¡Qué mentecato! Se figura que se abren mis puertas con palabras de brocha gorda, cuando si dijera la verdad le bastaría para ser recibido en el acto.

—¡A fe mía—añadió volviendo la cabeza—habíame olvidado decir que esperaba á nuestro trovador, y era gran distracción, porque una festividad sin poeta resulta fría y manca! ¡Que entre! No me he de molestar por Tarchino aunque me vea así, que á la postre es pariente de mi fiel Aníbal.

Los lacayos dejaron de oponer resistencia y Tarchino entró de un modo apresurado. Llevaba aún sus botas de montar, la ropilla cubierta de polvo y los cabellos muy desordenados. A la vista de los inmensos preparativos hechos para el tocador del conde, porque la sala, por más espaciosa que era, parecía materialmente atestada de vasijas, frascos y esencias, el italiano retrocedió sorprendido.

—¡Corpo di Baco!—tartamudeó,—este hombre está rematadamente loco.

Esto diciendo, se inclinó reverentemente hasta el suelo.

—¡Vive Dios! Maese Tarchino—dijo Graville,—cualquiera que no fuera vos habría arriesgado el bautismo insistiendo como acabáis de hacer. Este es un lugar sagrado, bien lo sabéis, una especie de templo donde sólo tienen entrada los sacerdotes de la diosa Hebe. Os habéis valido de la circunstancia de que vuestra presencia será útil aquí esta noche, en el palacio de la Marche, y yo os agradezco el celo que desplegáis en mi servicio.

—Sí, sí—murmuró el napolitano.—Estoy bien

seguro de que mi presencia será esta noche útil en el palacio de la Marche.

—¿Venís á leernos—repuso Graville, que seguía con placer los lentos progresos de su tocado, gracias al auxilio de su espejo de Venecia—algún apólogo nuevo, alguna balada fresca todavía ó algún precioso madrigal elaborado para solemnizar la fiesta de esta noche?

El arrogante y almibarado Graville, desde que era un gran personaje, se había vuelto desabrido; olvidaba el estilo en que descollaba Vincencio para ocuparse sólo de aquel en que era más desgraciado. Tarchino tenía la cabeza inclinada y fruncía las cejas.

—Monseñor—respondió sin levantar la vista,—no vengo á hablaros de baladas, ni de madrigales, ni de apólogos.

—¿Es, pues, otra cosa?—dijo Graville.—¿Me traéis, por ventura, el acróstico que os encargué sobre el nombre divino de la sin par Blanca?

Tarchino sacudió la cabeza.

—¡Bueno, bueno!—añadió Graville con benevolencia.—Ya sabemos, por haberlo experimentado nosotros mismos, cuando hemos cometido la profanación de dedicarnos á las divinas hermanas de Apolo, que no todos los días desciende la poética inspiración. Otra vez estaréis más feliz... Entretanto, asistid con alegría á nuestras fiestas; grabad cuidadosamente en vuestra memoria todos los sucesos dignos de ser narrados para que, merced á vuestro talento, conozca la posteridad el esplendor de la corte de la regente Ana, y adquiriera, tal vez, noticia del pobre nombre de Olivier de Graville.

Tarchino no pudo dejar de hacer una profunda reverencia, y echó una ojeada sobre aquel ejército de criados que rodeaban al conde, á los cuales deseaba ver cuanto antes lejos de allí.

—Haré todo lo que os dé gusto, mi amado señor—dijo después de una breve pausa;—mi pluma es enteramente vuestra, lo mismo que mi espada; pero si he porfiado tanto para penetrar en este recinto á la hora presente, es porque no nos hallamos en el caso de pensar en acrósticos, ni en madrigales, ni en la historia de las fiestas que vais á celebrar.

—¿Qué queréis decir?—preguntó Olivier haciendo un gesto brusco que desordenó las sortijas admirablemente dispuestas en dos ó tres mechones de sus cabellos.

Acercóse Tarchino con aire resuelto y dijo:

—Monseñor, os suplico mandéis que se retire toda esta gente para que os pueda hablar á solas.

Graville le miró como si Vincencio hubiera estado demente.

—¿Esto más?—dijo.—¿Bajáis de las nubes, buen hombre? ¡Interrumpir mi tocado! ¿De dónde salís? ¿Estáis en vuestro sano juicio?

—Acabo de escoltar hasta aquí á madama Blanca de Armagnac—respondió el italiano.

—¡Blanca!—repitió Olivier de Graville volviendo á tomar su voz meliflua y la lánguida expresión de su ojos.

Tarchino enmudeció.

—Y escoltando á Blanca—preguntó Graville,—¿habéis tropezado con Belcebú?

—Sí, Monseñor—respondió Tarchino con toda su gravedad;—habéis acertado á la primera; sí, he tropezado con el diablo en persona.

En aquella época no solía pronunciarse en vano el nombre temido del enemigo de la humanidad.

—¡Supongo que no os atreveríais á divertirnos conmigo, maese Vincencio!—murmuró con severidad Graville.—Explicaos, pues, os lo intimo.

—Estoy bajo el poder de Monseñor—repuso el ita-

liano; —puede el señor conde disponer de mí como le plazca, pero no hablaré hasta que toda esa gente haya salido de aquí.

—¿Conque discutes mis órdenes, vasallo?—gritó el conde con los ojos inflamados.

Los lacayos y peluqueros pasaron un instante en la persuasión de que se les iba á mandar que calentaran á todo su sabor las costillas de aquel villano disfrazado de caballero; pero quedaron fallidas sus esperanzas; el italiano se conservó firme, y dijo con cierta solemnidad:

—Jamás he desobedecido á Monseñor; pero si Monseñor me ordena que le aseste una puñalada, le desobedeceré por vez primera, aunque esto me haya de costar la vida.

—Pero ¿qué tiene eso que ver?...—empezó á decir el conde de la Marche; mas Tarchino le interrumpió con estas palabras:

—Monseñor, más os valdría recibir diez puñaladas que divulgar á los que nos escuchan el secreto de que soy portador.

Había en la voz de Tarchino una expresión tan solemne que el conde de la Marche empezó á sentir alguna inquietud.

—¡Retiraos todos!—dijo á sus lacayos y artistas. —¡Por vida mía que si este hombre se burla de mí hallará pronto lo que está buscando!

Retiráronse los servidores un poco contrariados; ninguno de ellos hubiera creído jamás que el apuesto conde de la Marche fuera capaz de dejar en suspenso el arreglo de su persona, en un día de gran fiesta, por nadie de éste mundo. Graville y Tarchino quedáronse por fin solos; el primero en una rarísima disposición, que nos abstendremos de describir por no confundir demasiado lo serio con lo grotesco de la escena.

Imaginaos solamente á un Adonis quincuagena-

rio que no haya tenido tiempo de quitarse los papilotes de papel con que riza su cabellera, ni de regularizar ni ordenar los más perfeccionados afeites.

—¡Bien! dijo el conde.—¿Qué es lo que has visto?

—He visto á Isabel de Armagnac y á su joven hijo Juan, heredero legítimo del difunto duque de Nemours.

Tarchino preveía ya que Graville iba á quedar consternado al oír esta noticia; pero no fué así, pues el conde ni siquiera hizo el menor ademán de sorpresa.

—¿Qué más?—dijo friamente.

—¿No es esto bastante?—respondió desconcertado Vincencio.

—¿Y por eso me interrumpiste?—gritó Olivier.—Estás rematadamente loco, sueñas despierto, ó bien se ha divertido con tu simplicidad algún fantasma. Esta misma mañana he recibido un pliego de Thibaut de Ferrières, que acaba de dejar el servicio de la regente para venirse á mis órdenes, y en dicho pliego me incluye una prueba irrecusable de la muerte de la duquesa Isabel y de su hijo.

—Esta misma noche—replicó Tarchino—he visto á Thibaut, señor de Ferrières, que es un hombre obstinadísimo; me ha contado de viva voz lo mismo que os ha escrito, pero Thibaut de Ferrières se engaña.

—Pues yo me inclino á creer que quien se engaña es maese Tarchino—repuso el conde.

El italiano sonrió amargamente y murmuró:

—Eso es porque si yo me engaño, Monseñor resplandecerá de jovial alegría esta noche, correspondiendo así sin violencia á las dulces sonrisas de madama Blanca.

Olivier de Graville, lejos de incomodarse, respondió con franqueza:

—Maese Tarchino, habéis acertado de medio á medio.

—Pues bien—exclamó encolerizado Tarchino: —yo os digo, Monseñor, y os lo repito: Divertíos esta noche cuanto podáis; haced, si os es dable, que se prolongue vuestra diversión toda la vida; pero os advierto que perdéis la ocasión que se os ofrece de aplastar al enemigo, y mañana la serpiente os morderá en el pie.

Graville dejó caer la frente, vencido por la fuerza de esta lógica amenazadora.

—Aun suponiendo que tu quimera fuera una realidad, pareceme que nos quedará tiempo para todo.

—¡Tiempo!—repitió Tarchino.—¿Sabéis lo que el reyecito ha dicho esta mañana, Monseñor?

Era éste el nombre irreverente con que los partidarios de la princesa Ana de Beaujeu designaban siempre al hijo de Luis XI, mayor de edad desde hacía más de tres años.

—¿Qué es, pues, lo que ha dicho el reyecito—preguntó Graville.

—Esta mañana—prosiguió Tarchino con lentitud—por primera vez en su vida ha dicho: *Yo lo quiero*.

—Los reyes dicen: *Nosotros lo queremos*...—murmuró Graville tratando de tomar la cosa á broma.

—La señora regente—continuó el italiano—no se ha atrevido á resistir, Monseñor, porque presenciaban la escena cinco ó seis grandes vasallos de la corona de los que ayer eran de la devoción de la princesa, pero que hoy han llevado la mano al puño de la espada cuando el rey de Francia ha dicho: *Yo lo quiero*.

—Pura comedia—pronunció Graville.

—No, Monseñor, no; es la pura verdad. Esos hombres han visto que el trono no estaba ya vacante; y, os lo aseguro, esta mañana expiró la regencia.

—¡Muy bien!—exclamó Graville, que por más que se esforzaba iba produciéndose ya con cierto embarazo;—si ha expirado, resucitaremos la regencia

en bien de la monarquía, aunque sea por breve tiempo.

—¿Y no sería mejor—insinuó Tarchino—aprovechar los pocos días que nos quedan? Durante breves horas, el rey, sorprendido de su arranque de audacia, dejará aún de hecho el poder en manos de su hermana. Durante estos contados y preciosos momentos podremos manejarnos todavía para conquistar esa corona de duque que ha de haceros par del rey y bajo cuyo amparo vuestros fieles servidores podrán vivir tranquilos.

—¡Ah, ya!—exclamó Graville.—¿Os duele ahí, maese Tarchino?

—Monseñor, es mucho lo que por vos he hecho, y creo que la horca sería una triste recompensa á mi lealtad.

El gesto favorito del conde de la Marche cuando se hallaba en una situación crítica ó embarazosa, consistía en pasar los dedos entre los bucles de su cabellera de ébano. Quiso ejecutar este ademán; pero en lugar de rizos dió con los papillotes de papel de que estaba erizada su cabeza.

Muchos años hacía que el señor conde se había acostumbrado á discurrir como su perverso consejero Vicencio Tarchino. Muchos años hacía ya que al levantarse todas las mañanas se decía: Hoy vamos á trabajar con éxito; hoy vamos á poner la piedra angular en el edificio de nuestra fortuna. Pero un día y otro día iban sucediéndose y el conde continuaba ocioso é indolente; nunca faltaba un pretexto para estas dilaciones: ya era la prudencia que le aconsejaba no precipitar la voluntad del rey, ya la voz del placer que le llamaba, sin que supiera resistir sus seducciones.

Negocio aplazado indefinidamente es tanto como decir negocio perdido.

Olivier de Graville había sido un guerrero de los

más bravos; la fortuna había hecho de él un mag-nate vulgar; á intervalos era ambicioso, y en sus arrebatados accesos de esa fiebre devoradora ha-bría cubierto el mundo de cadáveres para conse-guir sus fines. Pero pasado el acceso, calmada la fiebre, Olivier de Graville volvía á ser un hombre frívolo, de adocenado talento y de complexión gas-tada.

A decir verdad, no era pequeña la victoria que había obtenido. Hidalgo pobre por su origen, salió de su país en calidad de simple hombre de armas, no llevando á la corte más que una capa demasia-do usada y una espada con empuñadura de hierro. Hoy hallábase elevado ya al más alto grado de la nobleza francesa, dirigía el consejo de la regencia, y nadie, ni aun aquellos duques y pares de que había hablado Tarchino, se atrevía á disputarle el paso.

Su fortuna era mayor que el patrimonio de un príncipe, y su boda con Blanca de Armagnac debía reportarle, si no el ducado y pairía de Nemours, por lo menos el rico país de Armagnac, que sería un nuevo y precioso florón de su corona de conde.

Cuanto al ducado y pairía, acabaría por llegar un día ú otro á sus manos; Olivier estaba persuadi-do que este último y supremo límite de su ambición no se le podía escapar en manera alguna, y tal vez por esto no se daba prisa.

Tarchino llegaba en mala ocasión: Graville se había metido en la cabeza que era aquella noche la destinada para conquistar definitivamente el cora-zón de su dama. Tal era su idea fija: velase conver-tido en Salomón, esperaba á la reina de Saba y todo lo demás parecía indigno de ocupar su pensa-miento.

Y sin embargo, las últimas frases de Tarchino produjeron en su ánimo honda sensación; le habían

hecho vibrar la cuerda más sensible. Las grandes casas feudales semejábanse un poco á las de nues-tros comerciantes, pues á lo mejor, y cuando me-nos se presumía, se declaraban en quiebra. Decid al más orgulloso banquero ó negociante que dudáis de su crédito, y le veréis palidecer.

Graville palideció porque se había puesto en duda su fortuna.

—Maestro—dijo,—¿tan caídos nos suponéis ya?

—Perdonadme, Monseñor—replicó Tarchino;— basta que el señor conde quiera, para triunfar y convertirse en el más poderoso barón del reino de Francia. Pero es preciso que Monseñor ejercite toda su voluntad, pues de lo contrario...

Graville le detuvo con un gesto imperioso.

—Maestro—exclamó,—exijo ante todo que mis va-sallos me guarden el respeto debido. ¡Por mi santo Patrón! los que me crean reducido á tan extrema decadencia que cambien de partido y se alistén en otra bandera.

—La fidelidad—empezaba á proferir el napolita-no, pero Graville se encogió de hombros y le dijo con sequedad:

—Hablemos razonablemente: ¿Habéis venido á interrumpir los preparativos de una fiesta, de la cual depende acaso mi felicidad, sólo para contar-me paparruchas? Cuando los hombres de vuestra calaña hablan de fidelidad es porque meditan la traición. ¡Cambiad, pues, de tono, maese Vicente, pues ya nos conocemos y no quiero que toda la no-che me preocupen ideas tristes y sombrías!

El italiano guardó silencio sin que se dibujara en su semblante la menor contrariedad; no le faltaban, ciertamente, recursos con que castigar la altanería de su señor, así es que no le llegó á abandonar la paciencia.

—Para concluir de una vez—repuso Graville,—os

equivocáis en todo y por todo. La viuda y el hijo de Armagnac ya no existen; las misivas que me han llegado esta mañana anuncian el éxito completo de la comisión que encargué á los dos emisarios y mañana poseeré ya todos los pormenores de la información decretada por los señores del Parlamento, para probar que ha fallecido el último vástago de la familia de Armagnac.

—¿Estáis bien seguro de lo que decís, Monseñor? —murmuró el italiano.

—Hay que reunir doce firmas de otros tantos hidalgos, vasallos antiguos de Armagnac—añadió el conde. —Thibaut de Ferrières ha encontrado cinco y Guillermo de Soles me ofrece siete, incluso la suya.

—¿Incluso la suya?—repitió Tarchino sonriendo amargamente.

Graville le interrogó con una mirada, pero Vincencio no tuvo por conveniente responder en seguida á aquella muda pregunta.

—¿Seríame permitido—dijo humildemente—preguntar á Monseñor cuánto tiempo se necesita para que el Parlamento de París ponga á madama Blanca de Armagnac en posesión de los dominios de sus mayores?

—Tres días, si es el conde de la Marche quien toma el negocio de su cuenta—respondió Graville.

—Muy largo es eso, monseñor, ¡tres días!—profirió lentamente el italiano, —no tengo siquiera necesidad de preguntar ahora cuánto tiempo necesitáis para casaros con la señorita, suponiendo que consienta, como lo espero, en ser vuestra esposa. No he de preguntaros tampoco si la señora regente se daría mucha prisa ni tomaría con mucho celo el dedicaros un regalo de boda á vos, Monseñor, que tantas lanzas habéis roto por ella en los torneos; ni cuánto tiempo se tomará madama Ana para confe-

rir el título de duque al esposo de su rival. Nada de esto os preguntaré: básteme insistir en vuestras propias palabras. ¡Son muy largos tres días, Monseñor!

—¿Es que el fuego ha prendido ya en nuestra casa? —empezó á decir Graville con afectada sonrisa.

Mucha diferencia había ya entre esta pregunta y el lenguaje altanero empleado antes.

—Ojalá, Monseñor—dijo Tarchino—que el fuego estuviera dentro de casa, porque entonces haríais por apagarlo y vos podéis todo lo que os propongáis hacer. Lo que os reprocho, llevado tal vez de un celo demasiado atrevido, es que no queréis hacer nada. No, Monseñor, no ha llegado el fuego hasta aquí todavía; pero Luis, duque de Orleans, á quien creéis en Londres, ha dormido la noche última en el castillo de Isle Adam, á ocho leguas de París... Y la joven Ana, duquesa de Bretaña, que imagináis está en Rennes, su capital, ha cruzado esta mañana por Tours, en donde el preboste y los regidores le han levantado un arco de triunfo como si fuera ya la reina de Francia.

—Enviaré cincuenta hombres de armas al castillo de Isle Adam y veréis cómo el duque de Orleans ha de esconderse en las bodegas—dijo Graville.

—Es posible—replicó Vincencio,—pero saldrá de su escondite con la corona real en la frente.

—En cuanto á esa mofetuda bretona—añadió Graville con el más profundo desdén,—no tardaremos en volverla á ver en su país comiendo manteca rancia y pan negro.

—Un día—murmuró el italiano como si hablara consigo mismo—reunióse la asamblea de Bretaña en la hermosa ciudad de Saint Malo; y vos sabéis bien, Monseñor, que los barones de aquel país tienen la fama de ser los más difíciles de manejar del

mundo. Esa moñetuda, como decís, se presentó en la asamblea para ordenarles alguna cosa que no fué de su agrado; ignoro qué cosa era ésa, ni me propongo averiguarla, pues bastante entretenida tengo la imaginación con los asuntos de Monseñor para distraerla en negocios ajenos. Pues bien; como iba diciendo, la moñetuda, que ceñía la corona y empuñaba el cetro, estaba bella y suponen que llevaba con mucha dignidad los atributos soberanos. Subió al trono dirigiendo una mirada á todos los señores allí reunidos, los cuales dejaron oír algunos murmullos. La joven de los moñetes no hizo más que pronunciar cuatro palabras en el dialecto del país de Rennes; esas palabras no eran más que el principio de una frase que no le dejaron concluir.

—¿Y qué palabras eran éstas?—preguntó Graville.

—Era algo parecido al célebre *quos ego* de nuestro poeta Virgilio Maron—respondió el italiano sonriendo;—no le faltaba más que la armonía eufónica de la lengua del Lacio. La moñetuda frunció las cejas, cerró los puños y dijo golpeando la mesa: *¡Qui que'n grogne!* (1).

—Y no fué eso todo—añadió Vicente Tarchino.—Dícese que los barones de Bretaña, del primero al último, doblaron el espinazo y pidieron perdón.

—Maese Vincencio—dijo Graville,—veo que estáis para contar historias divertidas; pero á pesar de todos vuestros cuentos, paréceme que Ana de Bretaña, aunque sea diez veces más ruda de lo que decís, no es reina todavía, que sepamos.

—¡Ay!, Monseñor; habéis dado brillantes partidas

(1) Esta frase ha quedado grabada en el castillo de Saint Malo, construído en tiempo de la duquesa Ana. Si fuera preciso traducir su salvaje energía, daríamos esta versión aproximada, pero que dista mucho de ser bastante expresiva. *¡Ay del que murmure!*...

de caza en vuestro condado de la Marche; habéis prometido, según es público y notorio, á Blanca de Armagnac fiestas espléndidas y maravillosas, y entretanto permanecéis con los ojos cerrados, para no ver ni oír lo que pasa por la parte de París. El reyecito ha ido creciendo; en derredor suyo se ha formado un consejo, del cual ignoro por qué razón forman parte los amigos de Orleans y de Armagnac. El mariscal de Gié ha partido para la Turena. Ante Dios, y en presencia del gran senescal de Francia, monseñor el Obispo de Orleans ha bendecido el enlace de Ana de Bretaña con Carlos de Francia, cuya persona estuvo representada por su plenipotenciario el mariscal de Gié.

—Estoy al corriente de todo lo que me dices tanto como tú—murmuró Graville.—Pero, dime, ¿debe considerarse este acto como un verdadero matrimonio?

Y añadió después meneando la cabeza:

—¡Bueno!, tienes razón, hay que moverse. Hablemos, pues, de negocios, si quieres; pero advierte que las horas vuelan y que va á llegar madama.

El italiano vió que había ganado mucho terreno, é intentó una maniobra atrevida.

—¿Queréis decir, Monseñor—dijo,—que vuestra dama no hallará el medio de esperaros con resignación?

Esta vez Graville dió un salto sobre la butaca en que estaba arrellanado y exclamó:

—¡Villano, bribón! ¿Te atreves á faltarme al respeto hasta este punto? ¡Explica tus palabras, ó por mi honor, empieza á temblar!

Tarchino, obrando cuerdamente, se hizo un paso atrás, respondiendo:

—Sí, me explicaré, Monseñor; pero dentro de un momento, si es que me lo permitís. Para perder el menor tiempo posible es necesario que desde ahora

procedamos ordenadamente...; todo llegará, os lo prometo, á su tiempo debido.

Reconcentróse un instante y continuó de esta manera:

—Habéis dicho: *Hay que moverse*; pero no es eso precisamente lo que hace al caso, Monseñor; marchar por un camino extraviado es fatigarse inútilmente, y, con frecuencia, alejarse del término de la jornada. Lo que importa es cambiar de camino, y yo os presentaré los medios de verificarlo.

—¿Y quién dirá que mi camino sea desacertado? —gritó Olivier.

—¿Os empeñáis, pues, en que os lo pruebe, Monseñor? ¿No he dicho aún bastante? El tiempo pasa; madama Blanca no va á llegar como decíais hace poco; su tocado no ha sido tan largo como el vuestro; está ya aquí y yo la he acompañado... ¿Y quién sabe lo que está haciendo mientras nosotros hablamos?

Levantóse Graville con el semblante alterado y amenazador, y dió un paso hacia Tarchino; pero como sus desnudas piernas salían por debajo de la finísima sábana en que estaba envuelto, y coronaba su cabeza una gran multitud de papillotes de papel puestos para rizar sus cabellos, el conjunto que presentaba el conde no podía revelar la trágica gravedad de su fisonomía. Vincencio se retiró prudentemente, como era su costumbre, mas no dejó á su amo el tiempo de hablar.

—Tened paciencia, Monseñor—decía;—vos comprendéis que tras de mis palabras se oculta un misterio; pero yo voy á descifrároslo, porque es una de las pruebas que poseo para demostraros que andáis por mal camino. Empiezo, pues, por deciros, ante todo, que aun admitiendo la suposición más favorable, cual es la de que tuviérais mañana en vuestro poder las doce firmas indispensables para lasolem-

ne información que pretendéis llevar á cabo, y admitiendo también que Blanca os otorgue el corazón y la mano; aceptando, por fin, que la regente de Francia se resignara á conferir el título de duque al hombre que ha dejado de ostentar sus colores en los torneos; aun suponiendo todo esto, os digo, Monseñor, que no hay tiempo hábil para tanto, porque mañana mismo, tal vez, la monarquía no tendrá ya regente y se prosternará ante el rey. ¿Poneís en duda lo que acabo de deciros?

—Si—respondió Graville,—lo dudo.

—Pues bien; entonces debo deciros que no podéis disponer de las doce firmas para la información solemne que solicitáis. ¿Thibaut de Ferrières ha reunido cinco y Guillermo de Soles cuenta con siete?... ¿Y uno y otro os han dicho, no es verdad, que removiendo cielo y tierra por todo el país de Armagnac y el condado de la Marche no sería dable encontrar ni una firma más?

—Exactamente—respondió Graville,—¿pero qué necesidad hay de más firmas, cuando nos basta con las que tenemos?

—Pero contáis con la de Guillermo de Soles, Monseñor.

—Eso es.

—Por lo tanto, ¿suprimiendo la de este caballero no quedarían ya más que once?

—Pero Guillermo de Soles no faltará.

—Estáis equivocado, Monseñor.

—¿Y en qué te fundas para decir eso?

—En que Guillermo de Soles ha visto hoy un fantasma salido de la tumba.

—¿La duquesa Isabel? ¿No eres sólo tú quien la ha visto?

—Thibaut de Ferrières la ha visto también, pero se empeña en afirmar que no es ella; y antes de terminar la fiesta de hoy, vos, Monseñor, juzgaréis

cuál de los dos está en lo cierto. Siguiendo, pues, mi orden de ideas, digo que la señora regente no se dará mucha prisa en complaceros, esto suponiendo que vuestra boda no la convierta en enemiga implacable... Y ahora añadiré, que Blanca de Armagnac os negará la mano y rechazará vuestro amor.

Al pronto el pobre Graville quedó como petrificado. Sumergióse en el sillón, y dos lágrimas de fuego rodaron por sus mejillas. Sin reparar siquiera en ello se arrancó tres ó cuatro papillotes de la cabeza; ¡tan grande fué el acceso de su dolor!

El italiano aguardaba una contestación, pero no salió ninguna palabra de los labios de Olivier.

—Veo, Monseñor—añadió Tarchino,—que reconocéis que mi argumentación no admite réplica. La marcha que seguís es tortuosa y errada; voy á proponeros otra, que es la siguiente: ¿Qué es lo que se interpone entre vos y el objeto de vuestros deseos? Según yo, un hombre; un fantasma, según vos decís. Pues bien, hombre ó fantasma, cavemos una hoya de diez pies y sepultémosle en ella.

—¡Un asesinato!—tartamudeó Graville con visible repugnancia.—¿Cómo me atrevería yo á presentarme luego ante mi dama, que es tan noble y tan pura, con las manos teñidas en sangre?

El profundo amor que le inspiraba aquella joven, adornada por él con un nombre y una fortuna usurpados, es indudable que le había hecho mejorar el corazón.

—Una vez aniquilado el fantasma—prosiguió Tarchino—veréis cómo se desvanecen todos los obstáculos en un momento. No quedaría ya entonces más vestigio de los Armagnac que el nombre de Blanca, sola y única heredera...

—¡No!—exclamó Graville, que continuaba postrado en su sillón,—no lo quiero... ¡no me hables más de esto!

—Como gustéis, mi querido señor—respondió Tarchino acentuando una sonrisa equívoca;—hablemos, pues, de otra cosa. Paréceme que no me habéis preguntado cuál es el nombre del afortunado rival á quien Blanca ha dado el corazón y para quien reserva la mano.

La mano de Graville se crispó sobre la rodilla.

—¡Es verdad!—murmuró rechinando los dientes;—dime este nombre para que yo sepa de quién he de tomar estrepitosa venganza.

Hubo un corto silencio, durante el cual Tarchino pareció que se reconcentraba para discurrir mejor.

—Monseñor—dijo de repente con grave entonación,—hay días en que siento la tentación de creer en la Providencia divina. Habláis de vengaros y no os acordáis más que de las injurias recientes. ¿Es esta la primera vez que os sentís enamorado? ¿Es esta la vez primera que ha sido desdeñado vuestro amor?

La mirada de Graville se puso amenazadora; pero Tarchino hablaba escudado en la gravedad de la revelación que iba á hacer.

—Yo os pregunto, Monseñor—continuó diciendo sin inquietarse esta vez por la cólera de su amo,—¿no os acordáis ya de aquel día en que vuestros compañeros de la corte del rey Luis XI os acompañaron hasta vuestra casa en medio de una explosión de burlas y sarcasmos? En aquella época os creíais amado también por una mujer, y esa mujer, riéndose de vuestra ternura, entregó á otro hombre su corazón y hasta su mano.

—¡Isabel!—murmuró Graville con voz temblorosa.

—¡Isabel!—repitió el italiano recalando este nombre.—Sí, Isabel fué la primera que hizo brotar lágrimas de sangre de vuestros ojos. Habláis de vengaros... y los pasados ultrajes no han dejado impresas sus huellas más que en vuestro rostro.

—¡Vincencio!—gritó Olivier esforzándose por no abandonar el sillón, por no enfurecerse como un tigre.—¡Te has propuesto hacerme bramar de rabia; quieres volverme loco! ¡Cállate, Tarchino; te lo ruego y te lo mando!

El bandido dejó de sonreír maliciosamente para tomar un ademán de respetuos a tristeza.

—Monseñor—dijo,—los que os aman tienen memoria, ya que vos la habéis perdido, y no han olvidado que el hombre por quien fuisteis postergado os infirió el ultraje más cruel que jamás se haya hecho á ningún caballero...

—¡Cállate, cállate!—repetía Graville, cuyo semblante se puso lívido y bañado en frío sudor.

—Habláis de vengaros—insistió Tarchino, quien seguía con perversa curiosidad examinando los progresos de la fiebre horrible que empezaba á devorar al conde;—pero si el preferido de madama Blanca posee un hechizo...

La mirada de Graville expresó una angustia suprema.

—¿Me estás hablando de cosas sobrenaturales?—preguntó.

—El preferido de Blanca—repitió el napolitano como si gozara en ello y acabando de hundir hasta el pomo el puñal de los celos en el corazón de Olivier—es un hombre de carne y hueso como vos y yo; pero posee un hechizo y se ve arrastrado por la fatalidad al cumplimiento de sus destinos. Su talismán es su nombre. La mujer que os despreció la primera vez se llamaba Isabel de Armagnac; Jaime de Armagnac se llamaba el hombre que os deshonró en vuestra juventud; habéis dado el nombre de Blanca de Armagnac á la joven que hoy os desdigna, y el hombre que os ha arrebatado su amor se llama Juan de Armagnac también.

La pálida frente de Graville se enrojeció de súbi-

to, y en medio de aquella mancha de escarlata destacábase por su palidez la profunda cicatriz que hacía más de veinte años llevaba grabada en el rostro.

—Armagnac, Armagnac, Armagnac—profirió el italiano por tres veces distintas,—he aquí el nombre que os perseguirá incesantemente en esta vida y en la otra, Monseñor.

Transcurrieron algunos minutos; á través de las puertas cerradas y en el fondo de los largos corredores empezábase ya á oír armoniosos ecos; la fiesta había dado principio á la hora convenida y en ausencia del anfitrión. Graville continuaba medio tendido en su sillón y cierta especie de calma y serenidad se traslucía en su semblante.

—Has hablado perfectamente, maese Tarchino—dijo por último,—pero has faltado al precipitarme en el abismo de dolor que me tortura. Te lo perdono, porque quiero creer que lo has hecho en interés mío.

—Monseñor, ¿no tiene nada que mandarme?—preguntó el italiano.

El señor conde de la Marche escuchaba ó afectaba escuchar la música que se oía á lo lejos.

—Ya ves cómo con tus cosas llegaré tarde—dijo fingiendo un tono frívolo;—juraría que el rey Salomón, de sabia memoria, no hizo esperar nunca de esta manera á sus cortesanos. Daos, pues, por despedido y voy á concluir aprisa mi tocado.

Tarchino no se movió.

—¡Ah!—exclamó el conde como si cruzara un recuerdo por su mente—¿habéis pedido mis órdenes? No tengo más que repetiros lo que os dije poco ha, esto es, no quiero ningún asesinato.

—Un combate regular no es un asesinato—murmuró Vincencio.

—La señora regente se negaría á abrir la liza.

—No os hablo de un combate en la liza, Monseñor. Dos hombres chocan á lo mejor con la espada ó la daga en la mano; esos dos hombres se detestan, se baten, etc.; ni la señora regente, ni el mismo rey, nuestro señor, tienen nada que ver en todo eso.

Graville sonrió amargamente.

—En un combate de este género se acude también á la traidora estocada napolitana, ¿no es verdad?

—Para estos casos se inventó precisamente, Monseñor—replicó Tarchino con el mayor descaro.

El conde estuvo, al parecer, vacilando un momento.

—¿Qué quieres, maese Tarchino?—dijo al fin.—No sé qué es lo que motiva tu empeño; reconozco que es posible, que por milagro, digas la verdad una vez en tu vida, pero... á pesar de todo, dispensa mi franqueza, no te creo ni una palabra.

Esto dicho, tomó un pito de oro que le servía para llamar á sus lacayos, viendo lo cual Tarchino exclamó precipitadamente:

—Monseñor, os he ofrecido probar cuanto acabo de decir.

Graville llevó á los labios su pito de oro mientras preguntaba:

—¿La prueba cierta, irrefragable?

—La evidencia—respondió Tarchino.

El conde llamó á sus criados con el pito, y dijo colocándose otra vez en la posición en que le habían dejado Anibal y sus satélites:

—Bueno, la noche es larga todavía; si me pruebas antes de amanecer que el joven que dices es el preferido de Blanca y el hijo de Jaime de Armagnac, lo entregaré á tu traición napolitana, que será esta vez recompensada como es debido,

Vincencio Tarchino inclinóse hasta el suelo y se retiró.

Un segundo después penetraba todo el ejército de los lacayos destinados al arreglo de la persona del conde. La hermosa cabellera de Graville, bien rizada y peinada, lucía llena de perfumes; su espejito veneciano decíale con alegre sonrisa que jamás en su vida había estado más arrogante y apuesto que aquella noche.

II

LOS ESTADOS DEL REY SALOMÓN

Si poseyéramos la pluma poética é ilustrada, la pluma de oro que tan bien supo describir las maravillosas fiestas celebradas en honor de la hija de Enrique VIII por el conde de Leicester en su castillo de Kenilworth, haríamos una pintura detallada de las otras fiestas que Olivier de Graville ofreció á la regente de Francia en su palacio de la Marche. Para seguir la ilación de nuestra historia no son indispensables pomposas y eruditas descripciones; pero estos magníficos cuadros, que sólo Walter Scott ha sabido trazar, tienen más valor que todas las intrigas históricas unidas á todas las novelas del universo.

El palacio de la Marche podía ser comparado ventajosamente con el castillo de Kenilworth: la corte de Francia ha sido siempre más espléndida que la de Inglaterra. Los ingleses, es cosa sabida, por más que quieran abandonarse al lujo y á la magnificencia, no pueden ocultar en absoluto algo de la estirada gravedad é inoportuna extravagancia que se reflejan siempre en ellos, aun á través del terciopelo, del oro y de la pedrería.

A veces se cree que fué el genio de Walter Scott